

"NORMA" EN BARCELONA: EL LICEO SIGUE VIVO

En los diez años en que los catalanes me ofrecieron su hospitalidad lo que aprendí a admirar más de ellos es su tenacidad para las cosas que le importan. Como el Liceu es para ellos mucho más que un teatro de ópera, y porque el amor por la música es otra de sus características más apreciadas, el hecho de que la sala se haya quemado es una anécdota desdichada; en cambio, la respuesta al proyecto de la dirección artística de mantenerlo en vida en distintas salias y de diferentes formas es un testimonio de fe y de amor de tal magnitud que ha provocado, por ejemplo, la

actuación gratuita de Muti (que recordó al Colón entre los pocos teatros que son expresión de una ciudad) y la orquesta de la Scala en un recinto poco adecuado con un éxito apoteósico. De paso, la solidaridad entre las dos grandes ciudades (intervinieron las municipalidades y el Instituto Italiano de Cultura) señala dónde hay que buscar las verdaderas señas de identidad europeas. De todas las representaciones que se han venido sucediendo, me tocó ver la versión de concierto en el magnífico Palau de la Música de NORMA. Hace poco he escrito sobre ella, pero en esta versión - con altibajos hoy inevitables - reconóce las virtudes del último Liceu.

Primero, la seriedad. Debía dirigir en un principio Bruno Bartoletti (el único que salvó del olvido total la NORMA portea de 1964), pero terminó siendo Henry Lewis, recién recuperado de una operación delicada y aún con pocas fuerzas (dirigió sentado), cosa que se transmitió a la orquesta (no sonó mal, pero había desgano, falta de brío). El coro, dirigido por Máspero, estuvo en una buena noche, aunque en una versión de concierto de una obra pensada para la escena fatalmente las relaciones de los planos sonoros resultan alteradas. De los cantantes el único francamente lamentable fue Gianfranco Boldrini, el peor Oroveso en mi experiencia: emisión trucada, notas veladas y desafinadas, límites en ambos extremos. A estas alturas de la carrera de Nicola Martinucci, y con su tipo de repertorio, no se pueden pedir milagros, pero sí el estilo no fue siempre infalible y más de una vez estubo en apuros (especialmente en esa terrible entrada que sigue esperando al sucesor de Del Monaco -él tampoco muy belcantista), hubo dos cosas importantes: un timbre desgastado pero adecuado a la parte y un fraseo idiomático. Si Polión es mucho más que eso, cierto es que en la actualidad suele ser mucho menos. Los catalanes Josep Ruiz y Rosa Ysàs cumplieron con discreción. En cuanto a las protagonistas femeninas, fueron sencillamente de lujo.

A Sharon Sweet la había escuchado sólo una vez antes (también en una versión de concierto de EDGAR en Amberes): el uso de su enorme voz -pareja con su figura- ha mejorado y para ser su segunda Norma (todavía no la ha abordado en escena, aunque en mayo lo hará en Bolonia) estuvo magnífica: si hubo algunas de las escalas de Casta diva o de las aglidades del primer acto (cabaleta en especial) que pueden ser mejores o más precisas (Sutherland es imbatible), el resto fue un puro deleite: registros homogéneos, caudal, extensión fenomenal. El timbre es un spinto un punto más claro de lo que considero ideal para el personaje y aún debe aprender a decir los recitativos o las frases intensas donde le falta algo de garra: no parece una gran trágica, pero CANTA. Y después de tantos golpes de glotis, tremolos, inestabilidades, siete colores de voz o pianísimos emitidos sin ton ni son contra el sentido del texto (y por cierto los dio muy bien, cada vez que Bellini se lo pedía), bienvenido sea el cambio por una vez. Adalgisa fue el debut en el rol de Dolora Zajick. Por empezar, confieso que prefiero una mezzo para la parte, cuando es ESTE tipo de mezzo. Su voz es también extensa, timbrada, pero siendo una verdiana nata asombra por lo flexible (ningún problema en las aglidades). Increíble su naturalidad (jamás forzó un grave ni luchó por mantener sus agudos contra los de la soprano), su buen decir, sus esbozos de actuación y SUS MATICES: creo que nunca antes he oído en vivo (Stignani, Simonato y Horne eran, claro, otra cosa) a una Adalgisa con pianísimos. Y era la primera vez que la cantaba. Las ovaciones que ambas recibieron fueron interminables.

Y por sobre todo, por encima de cualquier reparo, la sala llena hasta los bordes volvió a reafirmar el lema acuñado hace un año:

Entre tots, l'alçarem (entre todos lo alzaremos). Un teatro que es mucho más que eso defiende su derecho a vivir y a hacerlo con dignidad, sin traicionar el pasado que lo ha hecho ser lo que es.

Todo un ejemplo, todo un símbolo.